

**Me acerqué a la cabina.** A un costado tenía una pegatina del PC juvenil. Descolgué.

Primero hubo un silencio en la bocinilla, una estática de zumbido de avispa. Después oí el tono y disqué. O comencé a discar.

Entonces me interrumpió su voz. No en el teléfono, sino a mi espalda.

Allí, en plena esquina de San Lázaro y L. Con la escalinata de la universidad rebotando toda la roñosa luz del mediodía de agosto. Un espejo encandilante al punto de lo criminal.

—¿Sirve el teléfono? —me preguntó, yo todavía a medio comunicar.

Era, por supuesto, la voz de Dedé.

**Me pidió una moneda.** Yo no tenía ninguna.

Me pidió permiso para usar mi tarjeta. Yo sí tenía una.

La miré. Con suerte no pasaba de los 15 años. Si acaso recién había estrenado su carnet de identidad.

Me aturdí un poco. El sudor y los rayos de sol me obligaban a entrecerrar y entreabrir los ojos. No sabía si continuar marcando mi número o si lo más correcto sería ahora colgar.

Ella esperaba por mí, el pelo amarillo suelto y las manos en los riñones. En una pose de desidia. Y con una mueca de burla en los labios que yo interpreté libremente como una sonrisa.

Al final colgué, por supuesto (de lo contrario nuestra historia se hubiera evaporado a mitad del verano). Y le dije, entre cortante y cortés:

—Toma, niña —y puse en sus manos de escolar mi tarjeta magnética, sin entender bien el sentido de aquella frase: "Toma, niña" era el primer parlamento que torpemente yo pronunciaba en el set.

A veces pienso que todavía hoy sigo sin comprender la escenita.

A veces pienso que no hay más sentido que esa falta de comprensión.

**Dedé habló de todo** por el teléfono, aunque todavía no se llamaba Dedé.

Habló del color del verano. De la conveniencia de construir un metro en La Habana que llegara hasta Alamar. De las memorias flash que en el extranjero ya andaban por los 1000 gigas ("un terabyte", exclamó), y cada vez más baratas. Y de una cámara digital que no daba ruido ni siquiera con 12 800 aspas de sensibilidad ("como para retratar dentro de un ataúd", le hizo gratis la propaganda).

Habló de Weber y del Pato Donald, algo sobre eso quería escribir. Del último disco de

Silvio, cada vez más millonario y más infantil. Del último ciclo del Charles Chaplin, un cine triste para hombres solos en medio de una alegre revolucioncita mundial. Y de la lista de carreras que había pedido hasta elegir Sociología en la universidad.

# lugar llama do dedé orlan do luis pardo lazo

También habló del pájaro roc, ave que se creía extinta pero no era así (un libro de narrativa para adolescentes se lo demostraba). De Elvis Presley y sus 101 televisores, uno para cada canal (y para cada dalmata). De Sammy Davies Jr. Jr., la perrita loca de un film ucraniano con

Elijah Wood. De un cuento con muñecas que acababa de leer en *La Gaceta de Cuba* y que le parecía fundamental. De Marcuse. De Deleuze. Y de Lenin y de Dadá (en una canción de Varela ya olvidada por mi generación).

Menudo vocabulario para haber recibido recientemente su carnet de identidad, pensé yo.

Entonces, sin dejar de parlotear, arrancó la pegatina del PC juvenil que adornaba un costado de la cabina. La miró y me miró.

—Termino enseguida —me hizo un guiño con una ceja—. Hoy es un día único para ti, para mí, y para el resto de la humanidad.

Y fui yo quien lo supo enseguida: las historias que rompen tan magníficamente, siempre se rompen magníficamente al final.

**Cuando a la media hora** por fin colgó, Dedé arrancó también el manófono y me lo ofreció.

—Como souvenir o fetiche —pronunció muy solemne.

Miré asustado al paisajito urbano que me rodeaba. Ella con una pegatina del PC juvenil y yo con la prueba de un teléfono vandalizado.

Por suerte, la universidad estaba desierta. La esquina de San Lázaro y L era un cementerio de asfalto líquido, negrísimo por el calcinante sol. Los balcones sin sombra apenas se distinguían sobre las fachadas. En Cuba no parecía existir nadie a esa hora tan cenital.

Escondí el manófono lo peor que pude bajo el pulóver, recuperé mi tarjeta vaciada, y le comenté:

—Estás loca. O estoy loco. Pero igual gracias por tu souvenir, no fetiche.

Y en este punto Dedé sí sonrió, extendió sus cinco dedos en una parodia de saludo marcial, y me dijo que se llamaba Dedé.

—De nada. Heil, Cuba! Digamos que me llamo Dedé.

**Me cruzó la calle** y me hizo arrodillar frente a los monolitos de Mella, incomprensible stonehenge de miniatura donde los borrachitos se orinan en la madrugada celta-habanera.

Me dijo:

—Reza. Pide en nombre de la belleza y de la revolución.

Cerré los ojos. Recé. Pedí en una suerte de murmullo devoto que me mareó:

—Dios mío, qué va a pasar. Esto no es cierto. Todavía estoy vivo. No me dejes seguir siendo un zombi. Qué hago yo a las doce del día quemándome las rodillas aquí.

Dedé me dio una mano. Estrechó la mía. Después la besó.

—No tengas miedo —me dijo—. No estás soñando y no te vas a morir. Es sólo Cuba, pero ya va a pasar. No le huyas al caos. A Mella, por ejemplo, le tocó un equívoco muchas veces peor.

Entonces se puso de pie. Y me dio un largo abrazo.

Olí su cintura. Me mojó la frente con su sudor. O yo a ella el ombligo con mi sudor.

Hasta que yo también la abracé, rodeándola infinitas veces a la altura de sus nalguitas de estar sentada día tras día en un pupitre escolar.

Me faltaba la respiración. Era excitante y peligroso. Un asma del alma, pensé.

—Déjala ir, así, despacito —pronunció ella dentro de mi oreja izquierda—. Sácate esa angustia de muerte que te han metido en el pecho tanta belleza y tanta revolución.

**En la avenida de Infanta** se estrelló un DC-10.

Hizo una bulla fenomenal.

Era un aparato enorme, de Cubana de Aviación, que arrasó con las vidrieras y vendedores de 10 o 15 cuerdas a lo largo y estrecho de la avenida, desde Carlos Tercero hasta calle P.

El área enseguida fue rodeada por los peritos, pero Dedé consiguió colarnos por debajo de una cinta donde se leía una sola palabra (repetida n veces y sin signos de puntuación): SEGURIDAD SEGURIDAD SEGURIDAD.

Vimos los cuerpos chamuscados (tal vez el demasiado sol había contribuido a la combustión). Vimos gladiolos y margaritas, flotando en el diesel de los turbomotores de propulsión a chorro. Vimos el cablerío chisporroteante a nivel del asfalto. Vimos maletas abiertas de las que manaba humo y cheques en blanco que nadie se atrevía ahora a llenar (poco a poco, el público nulo se iba haciendo más y más numeroso: hasta llenar casi un estadio). Y vimos un manantial de vino tinto desbordando las cloacas republicanas de Infanta ("parece sangre", fue el parlamento estúpido que estuve a punto de pronunciar).

En cualquier caso, se parecía al escenario de un film. Y así mismo se lo dije a Dedé:

—Se parece al escenario de un film.

—Sí —ella me dio la razón—. De ese film que el cine cubano nunca supo filmar.

Caminamos un poco entre la muerte y los altavoces. El espectáculo era más bien aburrido,

pero la actitud de Dedé sí me llamó la atención. Juraría que ella estaba allí para tomar nota mental de todo: algo así como el síndrome del periodista independiente. Supongo que sea muy típico para la época, el lugar, y su edad.

En la esquina de Zanja nos detuvimos. Pasaron algunas ambulancias, bomberos, patrullas y una caravana calavoreada de 33 Mercedes Benz.

—Es Fidel, es Fidel —zumbaba un runrún a nuestro alrededor.

No supe bien a quién todos se referían con tanto entusiasmo. Traté de averiguarlo no sin torpeza. Hasta que Dedé me miró con reprochación.

—Disculpa, ¿pero tú no has leído a Fidel? —puso una mueca preciosa de incredulidad.

Negué pensosamente con la cabeza.

—Entonces mejor vamos para mi casa —me haló—. Hoy mismo te quemó un DVD con toda la información. O me dejas de llamar Dedé.

**Llegamos a su apartamento.** Dedé vivía en Alamar, de no ser esto una exageración. Exactamente habitaba en el piso 12 de un doceplanta sin ascensor.

Sudábamos a morir, pero la vista era genial. El planeta a vuelo de pájaro. Cuba mapeada para turistas o terroristas o ambos.

Vivía sola, me dijo. Y me llevó directamente a su cuarto. Una habitación con vista a Alamar, pero al horizonte sin costa. Un paisajito de verde cansado que enseguida me sobrecogió.

En las paredes tenía un póster gigante de Pelevin besando en la boca a Limonov, ambos reconocibles por las letranas de cada nombre en cirílico. Dedé mojó con saliva la pegatina del PC juvenil y la colocó sobre otro póster de la revista *Maxim*, donde dos muchachitas como ella se tocaban con cierta fotolésbica frivolidad. Entonces un poco más abajo reparé en una imagen mía, recortada del periódico *The Revolution Evening Post*: una foto del día antes.

Ni siquiera me asombré. Fui hasta ella. Busqué sus ojos. Me hundí de hombros.

Dedé se cambió de ropa delante de mí (no usaba underwear), al tiempo que improvisaba una suerte de explicación.

Era simple. Le había gustado mi entrevista en el suplemento cultural. Pero todavía más le había encantado mi expresión, el gesto congelado en esa foto oficial. Después me había visto sin proponérselo, descolgado al azar en una cabina de San Lázaro y L. Le pareció desvalido, digno de su compañía. Y sin pensarlo dos veces se me acercó.

Eso era todo. Cero teoría del caos y de la conspiración. Por cierto, su llamada infinita había

sido técnicamente real. Hacía horas que buscaba un teléfono por todo El Vedado.

Por supuesto, no le creí. No deseaba creerle. Crearla ya había sido suficiente proeza.

Nos acomodamos sobre la cama. Con el control remoto puso a andar un equipo de dimensiones monstruosas. Lucecitas y bip-bips. Según ella, aquel era el superúltimo modelo para reproducir texto, audio e imagen al por mayor. Yo no debía impacientarme: en menos de diez minutos tendría lista para mí la información prometida bajo el semáforo de Infanta y Zanja.

—Todo sobre Fidel —dijo—. Y relájate, por favor —me hizo un guiño cómplice mayúsculamente teatral—. Pareces a punto de concederle una entrevista a la SEGURIDAD.

**Dedé puso música.** Sonó ese himno de fin de siglo y milenio: *Californication*.

Extendió una mano hasta la mesita de noche (extendió todo su cuerpo mini, en realidad, todavía sin underwear) y puso bajo mis ojos la primera plana del *The New Yorker* del día: Los 20 escritores del nuevo milenio, leí. Una fauna post-X, la Next Generation según el canon de Mondadori, decía en inglés. Nada que hacer con semejantes Palahniuk, Lethem, Franzen, Chabon, Klam, Sedaris, Safran Foer, A. M. Homes, David Foster Wallace (entre otros apellidos más o menos impronunciados por mí). Todos Born in the USA, por supuesto. Y que Dios bendiga a América en una canción.

—¿Tampoco los has leído? —continuó su interrogatorio la inspectora Dedé.

Me concentré en la letra de *Californication* y sonreí al vacío bucólico de la campiña cubana. No sé por qué pensé en desechos radiactivos. Todos esos pastizales de agosto me advertían del exceso de ondas gamma de máxima penetración. Gammalamar.

—No tengas pena —ella estaba obviamente en control—. Sus obras completas están aquí. En inglés, por supuesto, pero también en otros idiomas, lo que incluye al español. Las he ido traduciendo en esas noches en que no se me ocurre nada mejor.

Hablaba con el desenfadado y el saber típicos de una gurú del exilio. Aunque yo aún no supiera del todo qué podría esta frase significar.

El súperequipo continuaba emitiendo flashes y repicando bip-bips. Fuera lo que fuera, se demoraba bastante en quemarme toda la documentación. El tiempo pasaba como a través de un contador de partículas: de impacto en impacto, cuantificado. Hasta la canción me sonaba un poco pixelada a estas alturas (era un

piso 12, por cierto). Nada fluía entre nosotros y de alguna forma entendí que yo no me sentía muy bien. Se lo dije.

—Déjate de boberías —me cortó—. Para que lo sepas, la depresión hace mucho que pasó de moda en La Habana.

Supongo que no había nada que hacer con ella. Dedé siempre tendría la razón al respecto de. Siempre me sacaría media nariz o media vida de ventaja si se trataba de. La cuestión era ahora cómo matizar mi ridículo de dinosaurio cogido en falta en el XXI.

Se me ocurrió lo único que se me ha ocurrido jamás.

El sexo.

Es decir, lo único que no es necesario que se le ocurra a nadie jamás, porque desde siempre ha existido ahí. Como una sombra en tu radiografía del cerebelo: como un tumor benigno pero inoperable. Inoperante.

El sexo.

Pasara o no de los quince años, sería sensacional ejecutarlo ahora con ella. Hubiera o no recién estrenado su carnet de identidad a nombre de Dedé más un número de once cifras, de repente era inevitable forzar una escenita más o menos ridícula donde el deseo abortara tan pronto como se instaurara el placer. Supongo que hay palabras así, que escapan a la vez que encajan dentro de cualquier situación: el sexo.

**Después, por supuesto,** otra vez esa amable simulación de normalidad que es el insoportable tono de toda literatura de bien.

Como si nunca se hubiera estrellado en Infanta un avión DC-10. Como si Dedé no me hubiera gastado con su discursito telefónico hasta el último dólar de mi tarjeta. Como si la escalinata de la universidad no fuera un reflector que duplica los rayos solares contra cada

antes había sido propiedad estatal. Como si yo hubiera leído algo de alguien alguna vez, incluidas las obras completas de culto de unos tales Fidel, Palahniuk, Lethem, Franzen, Chabon, Klam, Sedaris, Safran Foer, A. M. Homes, David Foster Wallace (entre otros apellidos más o menos impronunciados por mí: no todos Born in the USA, por supuesto, pero que igual Dios bendiga a América en una canción). Como si lo más anormal del mundo no fuera precisamente esa amable simulación de normalidad que llevaba yo pintada en mi cara.

Salí dando tumbos por las rotondas y cocoteros de aquel palomar obrero. El reparto parecía una beca escolar. Me metí bajo un techito de asbestocemento y me senté. Descubrí que funcionaba como una parada del metrobús (aún no existía el metro). La luz allá afuera seguía siendo inclemente. Comencé a revisar los discos que Dedé me había quemado (por lo menos un par de docenas), y una voz de estricto cumplimiento me interrumpió:

—Ciudadano, ¿qué tipo de datos transporta usted ahí?

Lo miré. Era un policía uniformado de civil. Soy bastante hipocondríaco, así que me temí lo peor. Traté de responderle con ese mismo tono de situación habitual que, me di cuenta enseguida, ya no se reflejaba en mí.

—Son sólo obras completas, oficial —le dije—. Nada significativo.

—Por favor, ¿me permite echar un vistazo? —se adelantó, y yo supe entonces que la verdadera historia de ese mediodía roñoso de agosto recién estaba ahora por empezar.

Dedé apenas había sido un pretexto.

Un lugar común para encontrar una grieta y comenzar por fin, de no ser esto una exageración, a narrar (preferiblemente narrar en el mar).

**To be continued / Continuará.**

# reza, pide en nombre de la belleza y de la revolución

esquina de lo real, incluida la cabeza marmórea de Mella y el polvillo celta de su cadáver. Como si a Alamar fuera posible acceder desde una ciudad llamada La Habana. Como si nunca nadie en Cuba hubiera tenido sexo nunca con nadie, menos aún jugando con un manófono que horas